

Madrid. Jesús F. Bricena

El veto griego y el referéndum sobre la OTAN atenazan las negociaciones de España con el Mercado Común

Aumenta la confusión sobre el futuro de las negociaciones de España con el Mercado Común. Las declaraciones realizadas ayer por miembros comunitarios, incluido el presidente de la comisión, Gaston Thorn, y las de los representantes del Gobierno español, son absolutamente divergentes. Mientras desde Bruselas se considera ahora que es prácticamente imposible terminar las negociaciones en un plazo útil que permita a los parlamentos de los diez países de la CEE ratificar el tratado antes del primero de enero de 1986, desde Madrid todo se ve mucho más fácil y según el ministro de Asuntos Exteriores no hay dificultades importantes para terminar pronto.

Otra versión que toma cuerpo entre los negociadores es que no es necesario que España deba incorporarse el primero de enero de 1986, y que bien podría hacerlo en julio, coincidiendo con el cambio de mandato en el Consejo, sin esperar a enero de 1987. Se señala que nada impide esta opción, y que incluso existe el precedente de la entrada en vigor del tratado CECA (Comunidad Europea del Carbón y del Acero) en julio de 1952. Otra hipótesis que avala el que las negociaciones puedan extenderse más allá de enero, sin poner en peligro la adhesión en las fechas previstas, es el caso del Reino Unido. Este país terminó las negociaciones el 22 de enero de 1972 e ingresó en la CEE el 1 de enero de 1973.

Pero las fuentes consultadas por este periódico van más allá de la simple negociación con la CEE y han señalado que el Gobierno se ha pillado a sí mismo con la tenaza de las fechas que engarzan a la OTAN con la CEE. El esquema que se cita es simple: si la entrada en la CEE se lleva a cabo más allá del primero de enero de 1986, se pone en peligro el resultado del referéndum sobre la OTAN, que, según el presidente del Gobierno, debería celebrarse en el mes de febre-



El ministro griego de Agricultura, Konstantinos Smitis, explicó ayer en Madrid a Carlos Romero las razones del veto griego a la ampliación de la CEE

ro de 1986, y en el que de forma programática se buscará el apoyo a la permanencia de España en la Alianza Atlántica.

El referéndum

Pero si la CEE no abre sus puertas a España el 1 de enero de 1986, tal como se ha difundido a bombo y platillo, la respuesta popular a una hipotética pregunta sobre nuestra permanencia en la OTAN puede ser muy distinta a la que se obtendría si la adhesión se hubiera llevado a cabo en las fechas previs-

tas. Este es el nudo gordiano que obliga a trabajar a destajo a los negociadores españoles para ultimar el tratado cuanto antes. Una vez despejada la incógnita de los excedentes de vino de la CEE, las negociaciones están ahora como hace varios meses, es decir, pendiente de llegar a acuerdos en los temas más importantes. Antes no se avanzaba porque los comunitarios no se sentaban a la mesa, pero ahora que se van a sentar lo lógico es que no se pongan de acuerdo a la primera de cambio.

Los más interesados en este momento en que las negociaciones

prosperen son los alemanes, que ligan de forma abierta la presencia de España en las comunidades con nuestra permanencia en la OTAN. Además, si no hay ampliación no hay nuevos recursos y el dinero tiene que salir, sobre todo, de los bolsillos germanos.

Por eso no es de extrañar que sea precisamente Grecia la que haya hendido la astilla de la discordia en esta etapa de las negociaciones. Grecia firmó un tratado con la CEE que dejaba bastante que desear en el terreno económico, pero que apuntalaba al régimen democrático recién superada la dictadu-

ra tras el «golpe de los coronales». Papandreu no quiere ahora más que pasar una pequeña factura al Mercado Común. Además, a Grecia, las implicaciones de la OTAN en este proceso no le preocupan demasiado, ya que sus relaciones con esta organización, tras la crisis chipriota y los enfrentamientos con Turquía dejan mucho que desear, aunque formalmente sea un miembro activo de la Alianza Atlántica.

Pesimismo en Bruselas

En Bruselas la situación también es confusa e incierta, tal como informa nuestro corresponsal R. R. L., sobre las consecuencias inmediatas del veto griego, más aún tras las declaraciones de Gaston Thorn, que se ha confesado «decididamente pesimista en cuanto a la posibilidad de que la CEE pase de tener diez a doce miembros el 1 de enero de 1986».

Los últimos acontecimientos protagonizados por el primer ministro griego, Andreas Papandreu, han sembrado la perplejidad en la opinión pública europea y en los medios diplomáticos de Bruselas: recepción con pompa, entrevista y honores al coronel Gaddafi, solidarización con los otros países de la CEE en la condena de la invasión soviética de Afganistán, al tiempo que es el único representante de Occidente que ha hecho una peregrinación a Varsovia para saludar al «gran patriota» Jaruzelski, etc. Un diplomático de Bruselas comentaba que quizá pueda tener razón Hassan II cuando recientemente afirmaba que Marruecos es más europeo que Grecia.

Por su parte, el ministro griego de Agricultura, Kostas Simitis, trató ayer en Madrid con su colega español, Carlos Romero, sobre los problemas pendientes en la adhesión de España y sobre la postura que adoptará su país en las próximas negociaciones de la CEE los días 17 y 18 de este mes de diciembre.